

El muerto-vivo

estructura de los objetos en el duelo y los estados depresivos *

Willy Baranger

(Montevideo)

Resumen

Este trabajo intenta describir una estructura objetal particular que parece intervenir en todos los procesos de duelo y en los estados depresivos, y no exclusivamente en ellos, en la cual el objeto es vivenciado como a medias muerto y vivo.

La experiencia clínica y las producciones de la fantasía (mitos, leyendas, novelas, etc.) muestran una gran variedad de tales estructuras, algunas más persecutorias, otras dañadas y depresivas.

En ciertos casos, como el que ejemplifica el trabajo, la génesis de la depresión parece haberse focalizado alrededor del objeto muerto-vivo, ocupando éste un lugar de primera importancia en el mundo inconsciente. Tiene como corolario un cierto tipo de objeto idealizado, ambos siendo distintos del superyo.

El estudio de unas sesiones del caso presentado permite, a nuestro criterio, el esbozo de una hipótesis acerca de la génesis del muerto-vivo, y explica la rigidez de esta estructura objetal y la dificultad de su asimilación por el yo. La existencia anterior de una situación simbiótica importante entre el yo y el objeto permite aclarar algo su génesis.

* Relato oficial.

Summary

This paper is an attempt to describe a particular structure of the object which seems to occur in all mourning processes and depressive states but not exclusively in these) in which the object is experienced as half dead-half alive.

Clinical experience and products of the fantasy (myths, legends, novels, etc.) show a great variety of such structures, some of them persecutory, some others damaged and depressive.

In some cases, such as the one given as an example in this paper, the genesis of the depression seems to focus around the dead-alive object, which occupies a place of first importance in the world of the unconscious. It has as a corollary a certain type of idealized object, both being distinct from the superego.

The study of some sessions of the case here presented allows one, in our opinion, to outline a hypothesis on the genesis of the dead-alive and accounts for the rigidity of this structure of the object and its difficult assimilation by the ego. The previous existence of an important symbiotic situation between the ego and the object allows one to throw some light on its genesis.

Tanto Freud como Melanie Klein nos invitan a considerar la estructura de los objetos —con sus correlaciones yoicas y superyoicas— como una dimensión esencial de los estados de duelo y depresión. Aceptaré aquí, como hipótesis de trabajo, el principio de la unidad fundamental de los estados de duelo, depresión y melancolía, como formas más o menos exitosas de enfrentar lo que Melanie Klein ha llamado posición depresiva.

No creo traicionar el pensamiento de Melanie Klein al afirmar que, para ella, el nódulo de la evolución psíquica normal o patológica se encuentra en la o las formas en que el individuo consigue tratar esta situación: por regresión parcial a procesos de la posición esquizoparanoide, sea recurriendo a defensas maníacas, sea quedando parcialmente estancado en estados de duelo imposibles de elaborar, sea progresando en la vía de la reparación, de la discriminación y de la asimilación. Mi experiencia analítica me ha confirmado la idea de que existe un duelo mal hecho en la base de cada condición psicopatológica —idea implícita en el papel que juegan la proyección y la

introyección libres de trabas en el desarrollo psíquico—.

En los estados de la serie depresiva el proceso del duelo no puede llevarse a cabo y el sujeto queda, en forma más o menos encubierta, atado a un objeto que no puede ni revivir ni morir del todo. Diríamos que la persona en estado depresivo vive sometida a un objeto muerto-vivo, aunque éste no aparezca inmediatamente en forma manifiesta en su material analítico. Recién con el trabajo analítico este objeto se manifiesta en forma más y más clara, permitiéndonos estudiar su estructura y sus características.

Mi convicción, fundamentada en varios casos de personas que sufrían de depresiones severas, es que se trata de *un* fenómeno general en tales casos. Por razones de espacio, me limitaré al examen escueto de uno de estos casos. Sin embargo, convendrá anteriormente examinar distintas variedades del objeto muerto-vivo, ya que éste se presenta con características distintas y en funciones diferentes. Algunos tipos del objeto muerto-vivo se aproximan mucho a objetos perseguidores: *estamos* frente a una serie de estructuras en la cual en un extremo se encuentran objetos moribundos que el yo debe preservar a cualquier precio y, en el otro, se presentan objetos que originan en el yo una mezcla de angustia depresiva y de angustia paranoide.

1.— VARIEDADES DEL MUERTO-VIVO

Es una experiencia común muy conocida en el duelo normal que pasamos algún tiempo sin poder creer en el hecho de la muerte de *una persona querida*. El yo *sabe conscientemente que* su objeto ha muerto, pero éste reaparece como vivo en los sueños y las fantasías, el yo se sorprende haciendo proyectos con él, tiene fantasías de encontrarlo en la calle, etc., como si le costara quedar realmente convencido de la muerte.

En ciertas formas discretamente patológicas del duelo, este estado se prolonga fuera del debido tiempo de elaboración y el muerto sigue existiendo “como persona separada, ejerciendo funciones de vigilancia y, a veces, de salvación del sujeto”. Son los casos en que el sujeto deja su casa exactamente como estaba cuando sobrevino la muerte del objeto, absteniéndose de alterar

en nada el orden de las pertenencias del muerto, como si en todo momento estuviera a punto de volver a ocupar su lugar entre los vivos. U otros casos donde el muerto interviene directamente para salvar la vida del sujeto en situaciones de peligro. U otros donde el muerto existe “en el más allá”, pudiéndose comunicar con él mediante mesas, “medium”, sueños parapsicológicos, etc.

En estos casos el muerto tiende a adquirir funciones superyoicas:

“malas” acciones del sujeto le pueden ocasionar pena, sufrimiento o suscitar su ira vengativa.

Una tercera variedad del muerto-vivo está constituida por un objeto dañado o muerto por el sujeto y que ejerce sobre él una persecución moral. Es el mito del convidado de piedra, o su expresión teatral moderna: “Amédée ou comment s’en débarrasser” de Ionesco.

En otras expresiones, encontramos la fantasía del muerto-vivo en descomposición, donde la angustia depresiva se mezcla con mucha angustia paranoide, el yo está en peligro de ser llevado a la muerte por el objeto de su amor, de su miedo y de su repulsión.

Una variedad vecina, un muerto no en estado de putrefacción sino “limpio” y a veces de aspecto hermoso, aparece en múltiples leyendas de “zombies”. Son muertos que no pueden morir por completo y quedan hambrientos y llenos de envidia hacia los vivos. Su meta es “habitar” a un vivo y controlarlo desde dentro. Estas “almas en pena”, por frustradas y desgraciadas, se vuelven terriblemente peligrosas y vengativas. Como los muertos sin sepultura de la antigüedad grecolatina, su peor sufrimiento es no poder encontrar el descanso en la muerte. Ver en el mismo sentido las leyendas de los hombres que han recibido el don maldito de la inmortalidad. El tipo extremo de la serie es el vampiro, ya predominantemente paranoide.

Pero sin duda la variedad más importante es el objeto moribundo de los estados depresivos. Aquí también el sujeto es “habitado” por un objeto interno casi muerto, pero la única persecución que ejerce éste reside en sus exigencias para con el sujeto. Lo mantiene esclavizado y lo obliga a una actividad reparatoria estéril, ya que no alcanza nunca su propósito y siempre queda por hacer. Esta situación inconsciente determina las angustias

depresivas relacionadas con los objetos exteriores, la culpa, las inhibiciones y demás defensas que encontramos en los estados depresivos.

Me propongo ahora estudiar este objeto en unas pocas sesiones de una paciente, donde me pareció presentarse con suma claridad.

II.— EL OBJETO MUERTO-VIVO EN UNA PERSONALIDAD DEPRESIVA

Los fragmentos de sesiones que siguen pertenecen al *tercer* año del análisis de una paciente de 29 años que sufría de delirios. Expresan distintos estadios estructurales de un objeto claramente involucrado en sus depresiones y en las formaciones caracterológicas correspondientes. En la primera de ellas aparece este objeto con características superyoicas:

Primera sesión. La paciente expresa sus preocupaciones de toda la vida en cuanto a sus objetos (sobre todo su madre) y a continuación recuerda un cuento: “Un soldado cruza un bosque. Encuentra, tirada en el suelo, a una viejita menudita, cansada, enferma. El soldado se apiada y le pregunta si puede hacer algo por ella. La vieja le pide que la lleve en sus hombros parte del camino, cosa que el soldado hace. Pero la vieja se vuelve más y más pesada; el pobre soldado *está agobiado*, tambalea bajo el peso y no la puede soltar más”.

En este nivel el objeto moribundo consigue, por la piedad y la culpa del yo (el soldado piensa en su madre abandonada, apoderarse de él y esclavizarlo.

En el conjunto de sesiones que sigue, el estado depresivo se hace más intenso, con mucha angustia y mucho llanto.

Segunda sesión (algunos días después). La paciente relata un cuento que la había impresionado mucho. “Se trata de un matrimonio Con un hijo grande. Les regalan *una* mano de *mono* desecada —un talismán que *puede otorgar tres* deseos—. La mujer convence al marido que pidan una pequeña suma de dinero para librarse de una hipoteca sobre la casa. Formulan el deseo. En ese

momento golpean a la puerta: su hijo ha sido destrozado, muerto por una máquina y cobran el seguro de la fábrica por la suma deseada. La mujer, desesperada, formula el segundo deseo: que vuelva el hijo. Luego se oyen golpes en la puerta, pero los padres se preguntan en qué estado (de destrozo, descomposición) vuelve el hijo. Y les parece mejor utilizar el tercer deseo para mandar al hijo de vuelta al cementerio. Después la mujer abre la puerta y ve las pisadas que se alejan en la nieve.

Sigue la sesión sobre distintas situaciones de pérdida y de duelo infantiles. “Otro duelo, el de la muerte de un primo mayor al cual la paciente quería mucho. Tuvo en toda su vida millares de sueños donde lo veía vivo, pero ahora se da cuenta de que nunca veía sus ojos (como si se hubieran podrido). Se culpa por la muerte del primo (si ella hubiera respondido al amor de él, no se hubiera ido, no hubiera muerto en el extranjero).”

En esta sesión, la paciente hace consciente la relación entre varios objetos pertenecientes a distintas épocas de su vida (pérdida inicial de la madre, de las niñeras, de la abuela muerta, del primo). El hijo muerto-vivo del cuento es equivalente del primo vivo, pero con los ojos podridos (castrado, sin sexualidad) de los sueños estereotipados. La mano desecada (castrada y omnipotente) del mono es otra representación del objeto muerto-vivo.

Dos conclusiones me parecen surgir de este material:

- 1º) El duelo real por la muerte del primo ha condensado y cristalizado una serie de pérdidas y duelos anteriores —de la primera infancia— y el primo, como objeto muerto-vivo, se ha vuelto representante de los objetos dañados de la posición depresiva infantil.

- 2º) La mano del mono (cortada y vengativa) parece constituir un estadio anterior del mismo objeto. Al aceptar el talismán, la pareja del cuento asume la responsabilidad del daño infligido al mono, que se torna en perseguidor moral.

La tercera sesión la citaré en forma más extensa que las dos primeras, porque me parece echar alguna luz sobre la estructura interior del objeto vivo-muerto.

Tercera sesión (sigue inmediatamente a la anterior): “Me extrañaba no haber soñado los últimos días con toda la angustia, la depresión y el duelo que tenía, pero anoche soñé. Veía una casita, era como una casa en serie, pero veía sólo ésta. De un lado era como una de estas casas de hielo de los esquimales, iglús, y del otro tenía un techo en pendiente, como los de tejas. Estaba mi padre que me decía: «Esta viga en forma de T se ha corrido y roto. Tengo que arreglarla». Veía la letra T y pensaba en la palabra «traición». Era como una charada que había que adivinar”.

Asocia las charadas de las revistas que hacía de adolescente *con* su padre y con su habilidad para resolverlas. También con una T de cartón recortada en pedacitos en tal forma que era muy difícil reconstruirla. Con traición expresa su fantasía de traicionar a los suyos contándome su intimidad.

Expresa luego una serie de fantasías anales y uretrales de índole manifiestamente sadomasoquística.

Le llama la atención la mezcla de estas fantasías con el contenido de sus sesiones anteriores, como si hubiera una relación entre todo esto.

Piensa después en las casitas de juguete que le regaló su padre de niña, que la fascinaban. Asocia el techo de la casa del sueño con el pene de su padre. Después la T, una figura de charada que representaba la letra D, rota, con algo dibujado dentro y que se debía leer “Dentro de la gran derrota. . .” La T y la tetera. Cuenta luego un chiste sobre las “teteras” de la Lollobrigida.

Limito este relato a lo estrictamente necesario para entender el sueño. Elimino, por razones de espacio, todo lo referente a la situación transferencial de la analizada, pese a que sería, a mi entender, buena confirmación de lo sustentado aquí.

Este sueño obedece al deseo de la paciente de comprender más la esencia de su depresión ansiosa, intensamente vivida en los días anteriores. De allí el recuerdo de las charadas que resolvía con su padre (analista) y su fantasía del “insight” como un juntar de las partes rotas y separadas de su experiencia. Es un sueño especialmente “comunicativo” expresando el deseo de la paciente de colaborar al máximo en el trabajo analítico. También aparecen en las asociaciones varios recuerdos y fantasías expresados por primera vez, lo que responde a interpretaciones anteriores sobre la naturaleza de los objetos que vivencia en sus estados depresivos, agregando otra dimensión a estas

interpretaciones.

La casita alude al juguete preferido regalado por el padre en la infancia (unión idílica con el padre); por esto aparece la asociación con el pene bueno del padre (techo en pendiente y de tejas).

Se entiende que el pene del padre aparece en dos formas: es el techo de tejas de la “maravillosa” casita de la infancia y también la viga rota.

En cuanto a la otra mitad de la casa del sueño, se le identifica con las “tetas” maravillosas de la Lollobrigida, pero es de hielo.

La casa expresa, pues, la unión imperfectamente realizada de los dos objetos más primitivos de la paciente (pecho de la madre-pene del padre). La imperfección de esta unión (una casa estafalaria) se debe al carácter contradictorio de los objetos involucrados: el pecho de hielo y el alegre techo de tejas. Pero la contradicción no está sólo entre ambos objetos, sino dentro de cada uno de ellos. El techo está sostenido por una viga en forma de T, pero rota, mal ubicada, e involucrada “dentro de la gran derrota” de la analizada. El pecho es de hielo, pero es también la teta de Lollobrigida y el igloo que da el calor que permite la vida de los esquimales, aunque encubra el uso, repugnante para nosotros, de la orina humana en sus actividades domésticas. (A la interpretación de esta idea sobre los esquimales, la paciente contestó por el recuerdo del uso medicinal de la orina por un familiar. Esto también en relación con fantasías uretrales sádicas expresadas en esta sesión: orina “buena” y “mala”.)

Resulta, creo, evidente que la casita del sueño representa un prototipo de la “sede” de objetos involucrados en los estados depresivos de la paciente y que ya hemos mencionado.

Hasta este momento se trata de la condensación de dos objetos parciales en un sentido (como partes del cuerpo humano), pero totales en otro (amados y odiados, “maravillosos”, pero congelados o rotos) y no aparece todavía el objeto muerto-vivo de las sesiones anteriores. Tratemos de entender esta diferencia.

Es de especial interés la mención que hace la paciente al empezar la sesión: el sueño se produce para poder aclarar la estructura del objeto depresivo, y, aparentemente, el objeto representado en el sueño no tiene nada que ver con los objetos que aparecieron en las sesiones anteriores (objetos

muertos-vivos cambio llamativo cerrando peligro de muerte). Al contrario un cambio llamativo se ha producido. La paciente no llora, no expresa sentimientos de culpa, sino que establece conmigo una comunicación intensa en la labor analítica común. Es este factor que me impide entender la situación en términos regresivos como represión de la culpa y de la tristeza. La paciente se resuelve a “traicionar” a sus padres a favor de su mejoría. La situación es más regresiva y más progresiva que las anteriores. Más regresiva porque va al encuentro de una situación objetal anterior a la estructuración de sus estados depresivos. Más progresiva porque su tónica vivencial inmediata se da dentro del contexto de la comunicación y de la reparación.

Podemos ahora entender cómo el estado objetal expresado aquí por la paciente puede dar origen a los objetos clara e intensamente depresivos que se presentan por lo general en sus sesiones.

Me siento inclinado a opinar que la situación objetal expresada en esta sesión es semejante al estado objetal evolutivo que antecede inmediatamente al establecimiento de la posición depresiva.

Los sentimientos depresivos de tristeza y culpa no son muy importantes en este sueño. Se manifiesta la maldad del yo *para* con sus objetos sólo en su fantasía de “traición” y en su preocupación por el pene roto del padre.

Sin embargo, si uno se fija en las características latentes (evidentes en las asociaciones acerca del sueño) de la situación objetal, parecen éstas coincidir con las características que M. Klein describe como propias de la situación depresiva: objetos sintetizados en una relación ambivalente con el yo y con el superyo del paciente.

En vez de la depresión intensa de *las sesiones anteriores* aparecen fantasías sádicas orales, anales y uretrales (en forma a veces activa, a veces pasiva). Lo que se representa fusionado en la situación depresiva se halla por lo tanto discriminado en esta sesión: por un lado, los objetos congelados o dañados; por el otro, *las fantasías sádicas*. Cuando el yo asume estas fantasías y las relaciona con el objeto, se considera a sí mismo como responsable del daño, el objeto aparece como muerto-vivo, asesinado a medias por el yo, quien, a su vez, se siente invadido por la tristeza, la culpa y la compulsión a reparar.

Ciertos datos históricos de la analizada me parecen corroborar esta descripción. Sufrió en los primeros meses de su vida una intensa situación de

abandono de su madre (aunque no hubiera abandono físico) y eligió una madre sustitutiva, una niñera a quien, más tarde, llamaba “mamá”. Pero, a los dos años, pierde repentinamente a ésta. La sustituye por otra, que pierde también a los cuatro años. Estas pérdidas culminan, un poco más tarde, con la muerte de la abuela querida, cobrando esta muerte el carácter de una intensa tragedia familiar, por ser la abuela el eje y sostén psicológico de toda la familia.

Las asociaciones de la analizada en otras sesiones proporcionan muchos datos sobre estas pérdidas y las fantasías de muerte inherentes. La niñera la abandonó para ir a cuidar a su propia madre moribunda, y fue como si se muriera para la paciente. Nunca recobró el cariño que le tenía, aunque la haya visto muchas veces después.

Estos datos aclaran la naturaleza del pecho “congelado” de este sueño. El igloo representa dos cosas: el pecho “muerto” de la madre en su primer abandono y el intento esquizoide del yo para “congelar” el objeto del amor, del odio y de la frustración. La casita representa, además, el intento, muy claro en la anamnesis, de sustituir el pecho de la madre por el pene del padre. Pero el pene del padre se encuentra contaminado (por su origen en una vivencia perturbada del pecho de la madre, por la duplicación de la madre originaria y por los conflictos de ambivalencia propios de la relación con el padre). La distribución del conflicto (entre el pecho y el pene) no consigue por lo tanto mitigarlo en forma suficiente. El pene aparece “roto” como el pecho, al lado de su aspecto idealizado.

Un paso más y estamos dentro de la vivencia depresiva. El pene y el pecho se unen, los sentimientos libidinales y las fantasías sádicas se fusionan, el yo asume la responsabilidad de toda la situación, los objetos se moldean con las fantasías de ruptura y muerte, y la situación general se presenta como una relación del yo con objetos muertos-vivos, un aspecto omnipotente y moralmente crítico de éstos integrándose en el superyo.

Esta sesión me parece como un “instantánea” acerca del estado objetal inmediatamente anterior al del objeto moribundo.

Desde luego, la casa del sueño representa también, en forma secundaria, al yo de la analizada en sus aspectos de identificación con los mencionados objetos, partes de éstos habiendo sido integradas en la estructura del yo como

rasgos caracterológicos (sentimiento de fragilidad, fealdad, falta de valor, etc., del propio yo). La parte desgraciada (por suerte no esencial) del destino de la analizada se debía a su parcial identificación con el objeto moribundo.

Estos fragmentos de sesiones nos muestran tres estadios evolutivos del objeto involucrado en los estados de la serie depresiva.

En la primera aparece en el contenido *manifiesto* la situación de un yo esclavizado por un superyo extremadamente poderoso, cuyo origen objetal en la imago materna dañada y omnipotente resalta con claridad. La segunda nos ubica de llano en el nódulo latente de la situación depresiva: la relación del yo con su objeto muerto-vivo, que todavía no ha sufrido el proceso de asimilación dentro de la estructura psíquica —es decir, en el caso éste, no ha sido integrado en el superyo—. La tercera nos lleva a un plano anterior, donde el objeto muerto-vivo no ha sido todavía cristalizado como tal y donde aparecen conjuntamente objetos primitivos ambivalentes y contradictorios en un principio de fusión y fantasías sádicas y libidinales pertenecientes a todos los niveles pregenitales.

Quizá la secuencia eurística de estas situaciones objetales en este análisis sí corresponde (como supongo en este caso) a una secuencia genética real en sentido cronológico inverso, nos puede aclarar la función de la constitución del objeto muerto-vivo. Es la de focalizar y sintetizar las fantasías y los impulsos sadomasoquísticos y libidinales permitiendo así el control de la angustia depresiva.

Lo que llama la atención de la paciente —saliendo de su depresión ansiosa— es la mezcla (que, en otros casos podría manifestarse por un estado de confusión) de estas fantasías con los objetos *compuestos* del sueño de la sesión número 3. Podemos suponer que si su yo actual no se asusta demasiado de estas fantasías, su yo primitivo, al contrario, tuvo que recurrir a defensas intensas para mantener a raya la angustia correspondiente.

Para poder conservar sus fuentes de gratificación y su relación con los objetos externos, tuvo que aislar un objeto donde poder centralizar sus fantasías sádicas. Se enfrentó entonces con el peligro de la muerte de este objeto (peligro confirmado por experiencias históricas reales) y tuvo que invertir cantidades importantes de interés libidinal para evitar que se cumpliera este peligro —pero al precio de la correspondiente limitación del yo—. Todo intento

de asimilación del objeto muerto-vivo implicaba desde entonces una liberación de impulsos sádicos, lo que instaba al yo a aferrarse tenazmente a la estructura ambigua del objeto muerto-vivo. Desde luego, no consideramos esta situación como estática. En ciertos momentos o períodos, el objeto muerto-vivo puede perder en mayor o menor grado su vigencia, en otros puede, al contrario, invadir la existencia de la paciente, estructurando una depresión sintomática. En estos altibajos, y según dinámicas en relación más o menos directa con la vida real, la relación del objeto muerto-vivo con el yo y el superyo sufre importantes variaciones. En un nivel de funcionamiento evolucionado aparece más fusionado en el superyo, adquiriendo el yo ciertas de sus características (su fragilidad, el ser objeto del sadismo, el ser desprovisto y empobrecido, etc.), y en otro nivel aparece como independiente del superyo, como objeto directo de un yo lleno de tristeza y de culpa. A cada uno de estos niveles corresponde un tipo de funcionamiento del yo. En el primero, el yo está relativamente libre de angustia depresiva y se defiende, sobre todo, mediante sus limitaciones. En el segundo, la angustia depresiva es mucho más intensa y se produce la depresión sintomática.

Vislumbramos la función del objeto muerto-vivo, pero tenemos que interrogarnos en forma más detenida sobre los obstáculos que se oponen a que se muera o viva del todo y que mantiene su ambigüedad.

III.— CONSIDERACIONES SOBRE LA RIGIDEZ DEL OBJETO MUERTO-VIVO Y LAS DIFICULTADES DE SU ASIMILACION

Lo que llama la atención en personas como la paciente mencionada, y en muchos casos semejantes, es la permanencia de la disposición a crear una y otra vez situaciones semejantes a las que aparecen en las citadas sesiones. O, en otras palabras, ¿por qué no puede el objeto muerto-vivo morir ni vivir? ¿Por qué fracasa en estas personas un proceso que se produce en cualquier duelo “normal”? Desde luego, el problema lo planteó Freud por primera vez y, después de él, muchos investigadores. Sin entrar a hacer una revisión de estos aportes, me limitaré a la descripción de algunos factores que puedan, en cierta medida, complementarlos.

En este problema sirve de guía el concepto de “trabajo de duelo”. Consiste,

según Freud, en la repartición de la muerte global del objeto en una serie de pequeñas muertes o, desde el punto de vista del yo, en una serie de renunciaciones parciales a todos los aspectos de la relación del yo con el objeto, a todos los recuerdos que mantenían viva esta relación. En este trabajo interviene en forma decisiva el examen de la realidad.

Pediré otra vez al material de la misma paciente un suplemento de información acerca del tema. Pocas sesiones después del último sueño citado, la analizada me trajo el sueño siguiente, que constituía como un programa de la tarea a realizar: "... gente de una familia vecina venía a pedirme ayuda. Estaban atemorizados por una cosa, un objeto que podía dañarlos. Este objeto estaba manejado por alguien, en otra parte del mundo. Yo iba y sacaba este objeto que estaba incrustado en el tronco marrón de un árbol. Era un objeto así (forma de estribo), con dos enchufes, algo confuso. Después lo veía yo verdeciendo... Después estaba reducido a cenizas

La asociación esencial se refirió a un árbol suyo, que tenía ramas secas, pero que estaba verdeciendo en la punta, dándole esperanzas de que iba a vivir y a crecer. Los "vecinos" representaban claramente a la propia familia de la analizada y el "objeto" en su primera expresión, a un perseguidor paranoide (peligroso, manejado a distancia, cósmico). El árbol representa a la paciente misma, con su objeto incrustado.

Pero el "objeto" no aparece solamente como perseguidor: es enchufe y estribo (pene, relación) y la paciente no le tiene miedo (lo que no constituye meramente un encubrimiento onírico). Pero lo más interesante es el destino del objeto. Está reverdeciendo y después se le ve reducido a cenizas.

Mi criterio es que la paciente representa en forma sucesiva como ocurre a menudo en los sueños, lo que se produce alternativamente o simultáneamente en su psiquismo. En otras palabras, este sueño representa el proceso de asimilación del objeto: su parte viva (reverdeciente) queda en el árbol yo) de la paciente, mientras lo demás queda reducido a cenizas (muerto).

Es efectivamente lo que se produce en el proceso de asimilación del objeto por el yo en el trabajo de duelo: parte del objeto muerto-vivo queda muerta y es expulsada analmente (lo marrón), mientras otra parte se integra al yo y le da vida (reverdecir libidinal). Esto va paralelamente con el proceso de reparación (la paciente hace crecer un árbol hermoso).

Nuestro problema se reduce, pues, al siguiente: ¿Qué es lo que produce la

dificultad de asimilación del objeto? ¿Qué es lo que transforma el trabajo del duelo en un duelo de Penélope?

Este sueño da una primera respuesta, ya formulada por Melanie Klein. Es la intensidad de los procesos esquizoparanoides primitivos la que impide la superación de la posición depresiva. Efectivamente se nota siempre, en los estados depresivos y melancólicos, una mezcla importante de mecanismos y procesos esquizoparanoides. Aquí, aunque el problema de la paciente sea, en este mismo momento del análisis, esencialmente la elaboración de los estados depresivos, surge un sueño cuya primera parte es paranoide. Es como si aparecieran juntos el obstáculo y el medio de superarlo.

Además, si nuestra descripción de la constitución del objeto muerto-vivo es exacta, el aislamiento de este objeto y la centralización sobre él de las fantasías sádicas implica un proceso de clivaje, que permite a los demás objetos y al yo en su parte esencial el proseguir con su integración. Se trata de un clivaje distinto del esquizoparanoide, ya que recae sobre objetos más integrados en una relación con un yo más evolucionado, y también posee características intrínsecas diferentes: es menos masivo y, excepto en casos muy graves, más lábil.

También el proceso de idealización fue descrito primero por Melanie Klein como defensa contra la posición depresiva, aunque, después, ella lo haya relacionado sobre todo con la posición esquizoparanoide. La idealización de objetos bien vivos, fuertes, resistentes al daño posible, aparece a menudo en situaciones desivas como defensa contra la destrucción de otros objetos. Pero contrariamente a lo que aparece en los estados paranoides, la idealización del objeto vivo no consigue ser completamente libre de ambivalencia y permanece siempre la fantasía de fragilidad del objeto o del vínculo con él como amenaza posible contra el objeto idealizado.

Más aún, llama la atención la relación simbiótica del yo en duelo o en depresión con su objeto muerto-vivo. Cuando Freud escribe que “la sombra del objeto ha caído sobre el yo”, parece referirse también a este proceso. Expresando lo mismo en términos orales, se diría que el objeto es alimentado con la sustancia del yo, única forma que encuentra éste para evitar la muerte del objeto. El resultado es doble: por un lado, el yo se despoja a favor de su objeto interno —y, eventualmente, de los representantes externos de éste— de una parte importante de sus propias cualidades; por el otro, el yo tiende a

atraer sobre sí mismo las fantasías y los impulsos sádicos dirigidos hacia el objeto, lo que determina una actitud masoquista. Uno ve en seguida que este proceso lleva al empobrecimiento del yo y a la mencionada idealización del objeto.

Estamos llevados a reconocer la existencia, en los estados de duelo y depresión, de dos objetos distintos, ambivalentes los dos, aunque de estructura diferente. Ambos se alimentan del yo y lo empobrecen, ambos conducen al yo a adoptar una actitud masoquista, pero su función es opuesta. El primero, el objeto muerto-vivo, tiene la función de localizar las fantasías sádicas y de permitir el control de la angustia depresiva. El segundo, el objeto idealizado en cuanto a su vida y potencia, sirve de refugio al yo, quien deposita en él parte de sus propias potencias y capacidades reparatorias para preservarlas de su propio masoquismo y del peligro de su propia muerte. El yo, sintiéndose empobrecido y frágil, busca seguridad en un objeto fuerte e intensamente vivo. Es lo que se observa con frecuencia en las manifestaciones transferenciales de personas en situación depresiva: el analista se constituye en representante de este objeto idealizado, y el yo del analizado participa en forma simbiótica de la vitalidad del analista.

Hemos visto el carácter particular de la idealización depresiva. También esta simbiosis debe ser cuidadosamente diferenciada de su homólogo esquizoparanoide. Este funciona esencialmente en base a la identificación proyectiva, está destinado a controlar la angustia paranoide y elimina toda ambivalencia. Aquí, al contrario, la simbiosis funciona con identificación introyectiva tanto como proyectiva, y las partes del yo y del objeto que se proyectan o introyectan han sufrido el proceso especial del clivaje depresivo. Es decir, que el objeto idealizado contiene aspectos frágiles o moribundos del propio yo, junto con sus potencias vitales. Esto se observa en la transferencia: aún en momentos en los cuales el analista representa al objeto idealizado (y no al muerto-vivo), el miedo del paciente depresivo a la pérdida del analista o a su destrucción puede ser intenso y el proceso de finalización del análisis plantea problemas agudos que provocan recaídas.

Mi criterio es que estos procesos simbióticos de los estados depresivos no han sido debidamente valorados, lo que habría llevado a la conclusión que una de las bases del duelo patológico es una anterior situación simbiótica del yo con el objeto que se pierde. La situación simbiótica implica de por sí una

dificultad en discriminar lo que pertenece al yo de lo que pertenece al objeto. Cuando el representante externo de éste muere o se pierde, es como si murieran también las partes del yo en él ubicadas, lo que naturalmente dificulta aún más su reintegración en el yo y acentúa el empobrecimiento de éste. La nueva pérdida objetal reactiva la posición depresiva infantil e incrementa las dificultades del yo para superarla mediante los procesos reparatorios.

CONCLUSION

Me parece, por lo tanto, que descripciones que atribuyen la patología del duelo y los estados depresivos, sea a una herida narcisística de fondo, sea a una fijación oral acompañada del predominio del proceso de introyección, sea a una tensión particular entre el yo y el superyo, si bien enfatizan elementos importantes, no dan cuenta del conjunto completo en extremo de fenómenos que la observación analítica permite entender en las situaciones depresivas. En particular, la tensión entre el yo empobrecido y el superyo hipertrofiado y sádico, por valedera que sea en un plano, resulta insuficiente para integrar la relación observable del yo con su objeto muerto-vivo y con su objeto idealizado, ambos distintos del superyo. Sólo esta última formulación permite dar cuenta de la repartición de lo introyectado entre el yo y el superyo, y de los estados en los cuales la depresión se juega en la relación del yo con un objeto muerto-vivo que no puede ser ni reparado ni asimilado por identificación en el yo ni en el superyo.

Me parece aún que el objeto muerto-vivo es una etapa evolutiva universal en la constitución y superación de la posición depresiva infantil mediante la reparación, la discriminación, la metabolización. Es un eslabón en la tarea esencial del yo: aceptar que sus objetos se mueran.

BIBLIOGRAFIA

BIBRING, Edward.— “El mecanismo de la depresión”, en “Perturbaciones de la afectividad”. Ed. Hormé, Buenos Aires, 1959.

FREUD, Sigmund.— “Totem y tabú”. — “La aflicción -v la melancolía”. — “El yo y el ello”.

.— “Inhibición, síntoma y angustia’

GARBARINO, Héctor.— La posición depresiva y la melancolía. “Anales de la Clínica Psiquiatría”, Montevideo, tomo 1, 1958.

HEIMANN, Paula.— “Certain Functions of Introjection and Projection in Early Infancy”, in “Developments in Psycho-Analysis”, London, 1952.

JACOBSON, Edith.— “Contribución a la metapsicología de la depresión cíclica”, en “Perturbaciones de la afectividad”. Ed. Hormé, Buenos Aires, 1959.

KLEIN, Melanie.— Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos. “Revista de Psicoanálisis”, tomo IV, Nº 3, Buenos Aires, 1947.

.— El duelo y su relación con los estados maníacodepresivos. “Revista de Psicoanálisis”, tomo VII, Nº 3, Buenos Aires, 1950.

.— Algunas conclusiones teóricas relativas a la vida emocional del lactante. “Revista Uruguaya de Psicoanálisis”, tomo II, Nº 3, Montevideo, 1958.

.— On the Development of Mental Functioning. “International Journal of Psycho-Analysis”, tomo XXXIX, Nº 2, 1958.

LAGACHE, Daniel.— Deuil pathologique. “La Psychoanalyse”, Nº 2, Paris, 1956.

ROSENFELD, Herbert.— An Investigation into the Psycho-Analytic Theory of Depression. “International Journal of Psycho-Analysis”, Vol. XL, p. 2, 1959.

SEGAL, Hanna.— La depresión en esquizofrénicos. “Revista Uruguaya de Psicoanálisis”, tomo II. Nº 1-2, Montevideo, 1957.

ZETZEL, Elizabeth. — “La posición depresiva”, en “Perturbaciones de la afectividad”. Ed. Hormé, Buenos Aires, 1959.